

EL ESPECTADOR SEVILLANO

DEL JUEVES 21 DE DICIEMBRE DE 1809.

ARTICULO COMUNICADO

SR. REDACTOR DEL ESPECTADOR SEVILLANO.



Cádiz 16 de Diciembre de 1809.—Muy Sr. mío: estimaré á Vmd, inserte en su apreciable periódico la siguiente epístola, fruto de algunas horas de entusiasmo, y por lo tanto, falta de lima; si bien es verdad, que debe perdonarse su desaliño, en favor de los sentimientos, que la han dictado.

Queda de Vmd. su seguro servidor—F. M. de la R.

EPÍSTOLA.

¿Será por siempre encadenado el hombre
A gemir en el mal? Torno la vista,
Caro Salicio, á la profunda nada,
Y los siglos descubro que volaron.....
Volaron ¡ay! sin que la humana estirpe,
Con la amarga leccion de tantos males,
Ni su salud, ni su mejora hallára.
Siempre el mismo el mortal: vicios á vicios,
Sucédense tiranos á tiranos,
A cien errores, cien: ¿quieres la historia
Del humano linage? Estudia un siglo.
¡Y este! ¡Y este! Buen Dios, ¿qual mas fecundo
En crimen y maldad? Fuéron los tiempos,
En que, á nombre del Cielo, enarbolando
El sagrado pendon, la ambicion loca

Entrambos mundos anegara en sangre.
 » No mas, no mas, tamaña desventura,
 Merced á nuestras luces, de la tierra
 Turbará la quietud:” así orgullosa
 Exclama nuestra edad. ¿Y de qué valen,
 Caro Salicio, tan preciadas luces,
 Que inflado ensalza el corrompido siglo?
 ¿Es mas feliz el hombre? ¿No los viste,
 Los sagrados derechos proclamando
 De natura y razon, con furor ciego,
 Allá en el Sena, destrozarse impíos?
 ¿Y arder la Europa, y desplomarse tronos,
 Sin que alcanzaran los infaustos pueblos,
 Ni dulce paz, ni libertad divina?
 ¿Á qué tantas batallas, tanta sangre,
 Que aun tibia hierve en la asolada tierra?
 Dó quiera vuelvo los dolientes ojos,
 Esclavos miro y déspotas; naciones,
 Sin honor, sin costumbres, abatiendo
 La domada cerviz: débiles Reyes
 Besando humildes la sangrienta mano
 Del crudo usurpador, que soñó altivo
 Tender su cetro desde polo á polo.
 ¿Y estos ¡oh siglo! tu blason y gloria,
 Estos tus timbres son? Hierros arrastra
 Del déspota feroz, el galo inquieto,
 La culta Italia, y bátavo industrioso;
 Del Vístula y el Rhin los bravos hijos
 El yugo sufren; amagados callan
 Los libres de la Helvecia belicosos;
 Y en sumiso ademan, la ley recibe
 El germano poder, plegando infame
 El guerrero pendon, tendido apénas.
 Caro Salicio, si la triste imágen,
 Que la Europa presenta envilecida,
 Tu pecho oprime; si la faz llorosa
 Escondes con vergüenza, contemplando

La eterna mengua de la edad presente;
 Alienta, Amigo, que virtud sublime
 Aun levanta su voz; aun vive, y triunfa
 Del torpe vicio, en desigual contienda.
 Tiende la vista en las nevadas cumbres
 Del glorioso Tirol, en sangre tintas
 De los viles esclavos del tir.no.
 Mira luchar á los valientes hijos
 De aquel suelo feliz, desamparados,
 Sin armas, sin apoyo, en su defensa
 Los árboles y rocas arrancando
 Del firmísimo asiento, qual un día
 De los fuertes titanes se fingiera.
 No, no defiende los injustos fueros
 De un avaro señor, ni los palacios
 De un déspota orgulloso; sus hogares,
 Su rústica inocencia, sus costumbres,
 Del contagio comun amenazadas,
 Tales son los derechos, que inflamando
 Su puro corazon, á guerra eterna,
 Á la lid los provoca, y la venganza.

No empero, sabio amigo, hasta los Alpes
 En busca, vuelas, de los sacros restos
 De la antigua virtud; la madre España,
 Con la sangrienta diestra señalando
 Las márgenes del Ebro, allí te muestra
 Las santas ruinas de la noble Augusta.
 Aun se escucha confuso el desplomarse
 De templos y edificios; aun huméa
 La abrasada ciudad, y retumbando,
 Lugubre voz en las desiertas ruinas,
 Nos recuerda terrible el sacro voto
 De atzarnos libres, ó morir con gloria.

No, augustas sombras, tan sublime acento
 Resuena en vano: la inmortal Gerona,
 Las águilas altivas humillando,
 Lo escucha; y lo repite, y con su sangre

Grávalo en los escombros de sus muros.
 ¿No lo ves? ¿No lo ves? entre el destrozo
 De la árdua lucha, entre el crujir horrendo
 Del payoroso bronce, allí cercado
 De ruinas, y cadáveres, y triunfos;
 Allí el héroe combate, honor de Iberia,
 Gloria inmortal de nuestro patrio suelo.
 Sí, dulce Amigo, en su frondosa orilla
 Lo vió el Dauro nacer; el sol luciente,
 En la nevada sierra reflexado,
 Alumbró augusto tan dichoso día.

¡Que sacrosanta envidia el pecho inflama
 De divino furor! Vierten mis ojos
 Lágrimas de ternura; se estremecen
 Mis agitados miembros; y confuso,
 Mi ignorada existencia maldiciendo,
 Prefiriera, mil veces, los peligros
 Del valiente adalid, al par luchára,
 Mezclárame con él en la pelea;
 Y si el terrible acero levantado
 Viera sobre su frente, ántes mi pecho
 A los agudos filos presentara.

¡Oh que dulce morir! Sufra cadenas
 Quien tiemble ante el sepulcro; que yo, ufano
 Con un rayo de gloria, á su hondo seno
 Descenderé tranquilo: iguales todos,
 Allá, Salicio, son, allá no alcanza
 El bárbaro furor de los tiranos,
 Que oprimen á los míseros humanos.

NOTICIAS.

Por una de aquellas casualidades que difícilmente suceden, no ha salido cierta la noticia de la entrada de los dos navíos de América que anunciamos ayer; pero si aseguramos ahora que el S. Ramon se hallaba el 19 á tres leguas á sotavento de Cádiz en donde no habia entrado por razon del tiempo. El S. Leandro es regular que no tarde en aparecer.

CON SUPERIOR PERMISO.

EN SEVILLA EN LA IMPRENTA DE HIDALGO.